



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.004

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

VIERNES 8 DE MARZO DE 1895.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Canmartin, 61, y J. J. Lopez, Faubourg Montmartre, 31.

+
SEPTIMO ANIVERSARIO.
El Señor
Don Antonio Sacristá y Fernández.
CAPITÁN DE NAVIO.
FALLECIÓ EL DÍA 10 DE MARZO DE 1888.

Todas las oficias que se celebren el día 9 del actual, desde las ocho hasta las doce de la mañana en la Iglesia Parroquial Castrense de Sto. Domingo, serán aplicadas por el eterno descanso de su alma.

El alumbrado y vela al Santísimo Sacramento, como también los ejercicios de la tarde tendrán la misma aplicación.

Su hermana Doña Antonia Sacristá, ruega á sus amigos le encomienden á Dios.

SASTRERIA DE JUAN DIAZ.
Sociedad en Comandita.—Mayor 1

Como fin de temporada se liquidan las existencias de invierno con un 50 por 100 de rebaja en los precios establecidos.

Trajes hechos y rusos para niños á precios convencionales.

Capas bien enteras embozos de novedad á precios sin competencia.

81—MAYOR—81

TRASLADO

El MUSEO COMERCIAL hasta ahora establecido en la Puerta de Murcia, Pasaje Conesa, se ha trasladado enfrente, plaza de Castellini, número 12, bajos del Circulo Católico.

Gente de Manigua.

Hoy que tanto interés inspira todo lo que á Cuba se refiere, merece ser conocido al siguiente notable artículo que ha publicado nuestro querido colega *El Heraldó*.

Bajo el epigrafe que ponemos por cabeza de estas líneas dice el ilustrado periódico:

«Ha sido necesario que suenen los truenos para que vuelva á ser recordado el nombre de Sta. Bár-

bara. Lo decimos por la cuestion de Cuba. Hasta ahora seguimos sabiendo de «la Perla de las Antillas» por las metáforas de los retóricos, por alguno que otro volumen de poesía sinzontesca, por los escarceos parlamentarios de estos ó aquellos diputados ultramarinos, más ó menos tuceros, y por la súbita, deslumbrante y efímera aparición en paseos, teatros y casinos de algún brillante meteoro lanzado al espacio por la fuerza dentrifuga de los «chocolates» aduaneros.

Comienzan ya los batallones á ser ordenados en expectación de embarque; el sorteo de nombres tiene en todos los cuarteles algo de lúgubre: la voz que en las cuadras dice: «A Cuba,» resuena en mil y mil hogares como una predicción siniestra.

Durante los largos años de la paz ha ido borrándose poco á poco la impresión terrible de la manigua. Estaban ya lejos, muy lejos, aquellas campañas á cuyo término bien pudo una imaginación oriental reconstruir mentalmente con cabezas de jóvenes españoles la horrenda pirámide levantada con despojos humanos por la furia sangrienta del espantoso Mehemed Ali.

Aquella manigua es un cementerio de España; allí hemos dejado agostada la flor de diez largas pri-

veras. Aterrado encantado por semejante epopeya, Víctor Hugo, decía á Castelar—Esa lucha de diez años contra el clima, contra el mar, contra el osque y contra el hombre, sólo España ha sabido librarla.

Sin embargo, el pueblo español es el pueblo más despreocupado de la tierra: después de la batalla, hace almohada de sus laureles, y se contenta con cantar en romance sus trabajos y sus sufrimientos.

Cuba había vuelto á ser para todos el dulce país donde la esplendidez de la flora forma, como marco gentil á la belleza de la mujer, al rumbo de los hombres y á la inconsciencia del mañana...

El ruido que producen los batallones, la voz del sorteo en los patios de los cuarteles, la disolución de muchos hogares, el llanto de las madres y la angustia de los hijos, devuelven á Cuba sus caracteres dolorosos... No, la manigua no ha desaparecido; por ella sigue circulando el mismo envenenado aire, y en su bosqueja traicionero reluce otra vez el machete del insurgente.

Pero, verdaderamente, ¿ha dejado de existir un solo momento el peligro?

Posible es que los ministros de Ultramar y los capitanes generales de Cuba hayan estado siempre en diligente atención del asunto.

Hay, empero, más de un motivo para dudarlo; si los ministros de Ultramar y los capitanes generales de Cuba hubiesen medido con exactitud la importancia del movimiento filibustero, habría sido, seguramente, muy otra la política de previsión en Cuba y la actitud de nuestra diplomacia en los Estados Unidos.

Digan lo que quieran los ministros de Ultramar y los capitanes generales de Cuba, el filibusterismo no ha cesado de laborar un día; cuanto á sus jefes ó inspiradores, pocas veces los ha tenido más con-

tantes ni más inteligentes; cuanto á su organización, copiada en cierto modo de las instituciones masónicas, no puede echarse de menos en ella ni fuerza de cohesión ni falta de recursos pecuniarios, ni falta de auxiliares numerosos y convencidos.

Tres años há, en el aniversario de Yara reuníanse en diversos pueblos de los Estados de Nueva York, Florida y Tejas, los afiliados al filibusterismo cubano.

En aquel día, públicamente, á la luz del sol, celebraron sus fiestas; eligieron sus compromisarios para el nombramiento de un Directorio supremo, pronunciaron furibundos discursos contra España, mostráronse, en fin, como una amenaza y como una fuerza...

Ya entrada la noche, el «pueblo proscrito» banquetó y bailó á sus anchas; multiplicáronse con las músicas las arengas, y de cohete en cohete, y de copa en copa, y de compás en compás, los gritos de *Viva Cuba libre* pudieron resonar hasta en los propios oídos del ministro español...

Pocos días después reuníanse en Nueva York los compromisarios y elegían el Directorio, entre cuyos miembros figuraron desde luego Martí, el expresidente Estrada, Máximo Gómez y los hermanos Maceo...

El expresidente Estrada dirigió la palabra á los compromisarios; quedó promulgada una especie de Constitución en que se asegura, por cierto, á los peninsulares todo cuanto puede importar á sus personas y propiedades; hízose el recuento de los clubs—más de doscientos—y quedó organizada la revolución.

No pusieron misterio alguno en sus actos los laborantes de Nueva York. Martí en su periódico dió noticia detallada de todo... Y desde entonces, el trabajo ha seguido dándose en pleno día, sin velos y sin atenuaciones.

¿Merecía semejante efervescencia el deadén que se le ha mostrado?

La emigración cubana pasa en Cayo Hueso, La Florida, Tejas y Nueva York, de trescientos mil hombres útiles y trabajadores.

Público es que organizados éstos en Clubs (pasan de doscientos), con nombres pintorescos y extravagantes: «Los libertadores, los Macheteros de la Muerte, Femin Salvóchea, Robespierre, Los hijos de Marat, etc.», han venido dejando un tanto de sus salarios para el «tesoro de la insurrección». Por otra parte, el famoso Martí, que cuenta con consejeros de tanta inteligencia y de tanto valimiento como Estrada, no es un hombre vulgar; por el contrario, es un espíritu muy culto, muy hecho para las combinaciones de la política y para las artes de la conspiración.

Persistente, tenacísimo, *plein de sa mission*, envanecido de su apostolado, orgulloso de su destino, tiene cuanto se necesita para infundir confianza y aliento á aquella gente humilde que se siente desterrada en sus fábricas de tabacos, explotadas por el durísimo yankee. Orador lo es, y no sólo eloquente, sino intencionado y sin rodeos. Escritor, si pecaba de cauto y de purista, es hondo y no carece de uncción...

Al lado de Martí, otros jóvenes de su mérito y de su temple han formado también su corazón contra España;—el *Porvenir*, el *Yara* y otras publicaciones insurrectas, dan á entender cómo los directores del movimiento filibustero requerían un gran cuidado por nuestra parte...

Pero el tiempo ha pasado, y la manigua pide, al fin, víctimas nuevas...

¡Adelante! No volvamos la vista atrás... En la cuestión de Cuba no hay término-medio: vida por vida.

320 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

EL HILO DEL DESTINO.

321

«En la Antigua le despertaron el olvido en que la había estado por tanto tiempo, y le permitieron venir de vez en cuando á renovar el conocimiento y hacerse querer del interesante niño que acariciaba, y prepararlo para ser su discípulo en el arte que con tanto entusiasmo cultivaba.

Larga, muy larga fue la visita.

¡Cuán imposible le era abreviarla, se conocía en los muchos asuntos de conversación que promovía, y en los inagotables motivos que hallaba para prolongarla!

Pero ni una vez por casualidad mezcló el nombre de María en sus discursos; y sin embargo, ¡cuál no era su afán de oírle nombrar, de saber dónde se hallaba, qué era de ella, por qué no se presentaba!

Era ya pasada la oración.

Sobrado tiempo había ya habido para que la joven volviera de su visita diaria á la catedral, y aun no parecía.

Sobrado tiempo había ya habido también, para que Pablo se serenara y estuviera dispuesto para el deseado encuentro.

Empezaba pues ya la paciencia á faltarle, y empezaba á perderse en vanas cabilaciones, cuando abriéndose la puerta del cuarto silenciosamente, el objeto de su inquietud se le presentó á la vista.

La débil luz de una sola lámpara, iluminaba opacamente la pequeña habitación, y hallándose Angélica

oculto de sus reflejos, tras de la puerta de una ventana, pudo bien su presencia al principio pasar desapercibida.

Levantóse sin embargo á la entrada de María.

El niño que tenía en las rodillas, trayó de él, y corrió hacia la joven.

Le echó los brazos, y María le cogió en los suyos, y lo cubrió de besos, y aun asida de la ornatuza se dirigió al punto donde estaba Antonia.

—¡Cuánto he tardado!—dijo en sus acentos melódicos.

—Estaba ya inquieta, hija mía—contestó Antonia.—Pero, en fin, nada te ha sucedido, aquí te tenemos ya, y me alegro todavía hayas llegado á tiempo de hacer conocimiento con una apreciable persona, por quien algunas veces—agregó en tono burlero,—elevas tus fervorosas preces. Acierta quién es. Tu crucifijo te lo dirá.

—El señor de Angélica—dijo María sin titubear.

—El mismo. Aquí le tienes—continuó Antonia desviando la puerta y presentándosele.

Un vivo carmin cubrió el rostro del artista.

No pudo hacer otra cosa, que saludar á María, negándose su lengua á articular la más insignificante frase.

—Cuanto tiempo hace, Señor—dijo María sentándose cerca del sitio que él ocupaba.—Cuánto tiempo

324 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

¿Que sensación era pues, la que se había apoderado de él?

Digámoslo de una vez.

No la pasión que inspira la forma únicamente, no la pasión puramente de amor, sino un profundo respeto, una veneración sublime, una idolatría respetuosa y tímida á la vez, era lo que experimentaba, pues que el magnético influjo de la mujer, cuya atmósfera pura y virtuosa dal a nacimiento á sentimientos igualmente virtuosos y puros, penetraba cual fluido eléctrico en el alma de Pablo, y purificando su espíritu, elevaba su amor.

Con creciente conmoción y admiración, notó las lágrimas cristalinas que en los ojos de María brillaban.

—¿Qué no hubiera dado por besártas!

Algo notó María en los ojos que la devoraban con tan fija mirada, que traducía de alguna parte de los sentimientos entusiasmados de admiración que poseían al joven, pues que repetidamente recordando la serenidad, después de unos segundos, y entusiasmado en que se había expresado, y volvió á tomar la palabra en acentos serenos é indiferentes, y cambiando el asunto de la conversación.

—¡Buenas noches—dijo—y tan apacible y serena, que convida á gozar de su hermosura...